

IDEAS PEDAGOGICAS FUNDAMENTALES

I.—*El concepto cristiano de la educación.*

LA formación profesional, a la que el deber de Estado me obliga a consagrar particular atención, tiene su base indispensable en la obra fundamental de la educación humana. Por tanto, como iniciación metódica, que permita penetrar con paso firme en el campo de la pedagogía técnicoindustrial, pienso que es preciso tomar como guión de tal estudio los principios o criterios filosóficos que constituyen la armazón de la Pedagogía fundamental.

Y ante todo, como punto de partida, importa precisar el concepto cristiano de la educación, para distinguirlo de otros más o menos afines, con los cuales suele, vulgarmente, confundirse. Así se dice de un hombre que es «una persona educada», cuando por su presentación, sus modales y las formas exteriores de su trato se ajusta a las exigencias del decoro social o de las llamadas «conveniencias sociales». Pero todo eso, que, cuando nace de la delicadeza de sentimientos, constituye esa virtud social que llamamos *urbanidad*, podríamos decir que pertenece al contorno de la educación, a su forma externa, mas no constituye su esencia.

A veces, se confunde también la educación con la *cultura*, positivamente considerada, con la *enseñanza* que recibe o con la *instrucción* que adquiere el hombre; pero la instrucción y la enseñanza sólo tienen categoría de medios para el fin de su formación intelectual, la cual no es, a su vez, sino una parte de la educación integral del ser humano.

Ni siquiera llena el concepto cristiano de la educación el criterio, más científico y pedagógico que la hace consistir en el desarrollo armónico del cuerpo y del espíritu con todas sus actividades. Porque, para que esa formación natural sea completa y adecuada, ha de encaminar al hombre a la consecución de su destino definitivo, y resultará frustrada si se limita a un mero adiestramiento de sus facultades que, aun permitiéndole desenvolverse útilmente en el orden de sus fines próximos humanosociales, prescinda de su deber primordial y de su derecho absoluto a conseguir su destino personal ultraterreno. Es preciso, pues, integrar el concepto con esa nota esencial, y definir la educación con Monseñor Dupanloup, el gran Obispo de Orleans, diciendo que consiste en «asegurar la vida eterna elevando la vida presente», o, como ha escrito el ilustre Cardenal Gomá, en «la conformación de la vida personal a las exigencias del ideal humano que nos ha impuesto Dios». Trátase, por consiguiente, nada menos que de hacer del niño un hombre que sea verdaderamente imagen viva de Dios; lo que hace comprender, con cuánta razón decía el elocuente Van-Tricht, que la educación es «la obra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes: es la obra maestra, la obra única».

Desdoblando, para mayor claridad, este concepto cristiano, puede decirse que la educación implica un doble objetivo: *desarrollar y dirigir*; una función *exagógica* y una función *teleológica*. Es decir, procurar el desenvolvimiento gradual y armónico de la vida física, estética, intelectual y moral del educando, y orientar y dirigir sistemáticamente su formación integral hacia el ideal de su destino eterno, porque la educación es para la vida y la vida es para el cielo, según la fórmula exacta del admirable Rossignoli. El hombre que responde al ideal humano impuesto por Dios es, como dice bellamente también el P. Llovera, «el ser racional que mediante el ejercicio de sus actividades todas camina libremente hacia la consecución de su inmortal destino, investido de derechos sagrados e intangibles, dirigido por la ley inviolable del deber».

La función «exagógica», cuyo significado (ἔξις ἀγο — hacer

salir) concuerda con el sentido etimológico de la palabra «educación» (*educere* = educir, sacar una cosa de otra), equivale al despliegue gradual y progresivo de las actividades del educando en sus tres órdenes, físico, psicofísico y psíquico, hasta conseguir que alcancen la plenitud de su potencia y desarrollo. Pero esto no sería más que una función de adiestramiento, el cual sin un ideal que lo oriente y sin amor que hacia él empuje y sin esfuerzo continuado que a él conduzca, vendría a ser una negación de la ley de finalidad de la vida, que exige que toda función sea proporcionada a su objeto. Y en esta hipótesis los esfuerzos empleados en el desenvolvimiento de las actividades humanas, singularmente la de los órdenes superiores, podrían resultar contraproducentes, pues, como observaba Goethe, la cultura puede hacer seres más brutos y, sobre todo, más peligrosos que en el estado de pura naturaleza.

«Téngase entendido —advertía Montesquieu— que, con la ciencia sin religión, sólo se tendrán seres viciosos, de una corrupción, esto sí, circunspecta y velada; delincuentes de buen tono y de agradable trato. Por otra parte, no es la aritmética, no es el álgebra, no es la sintaxis, no es el dibujo, ni la geografía, ni la historia, los que dan la moral; estos conocimientos adornan y enriquecen el entendimiento y la memoria, pero no pasan de ahí. Sólo la religión es el código regulador de la vida; sólo ella vuelve a los hombres prácticamente morales, haciéndoles mejores.»

Si, pues, no existe ninguna función vital que recaiga en el vacío, es evidente que el simple adiestramiento de las facultades del hombre no basta para definir el verdadero concepto de su educación, sino que es necesario integrar en él los dos aspectos, el exagógico y el teleológico, que inseparablemente unidos constituyen la esencia completa y la razón de ser de toda función pedagógica, ya que, ante la insuficiencia de la vida terrena, idea dominante en todas las grandes concepciones del universo, está obligada a señalarnos la meta de nuestro destino inmortal. «haciendo así coincidir la esencia y fines próximos de la civilización con la esencia y los fines supremos de la religión».

Del poder de la educación humana para realizar el doble objetivo que hace de ella «la obra maestra, la obra única», no puede dudarse. Para comprender el alcance de su función exagógica, no hay más que recurrir al testimonio irrecusable de la historia, que nos informará de los pueblos que vivían en estado primitivo y salvaje, y bajo la influencia de su trato con razas más cultas y del asiduo magisterio de la Iglesia, suavizaron sus bárbaras costumbres, elevándose gradualmente desde el fondo de su atraso y abyección a las alturas iluminadas por los esplendores de la civilización cristiana.

Por su parte, la antropología demuestra con argumentos incontestables que la diferencia entre la mayor cultura y desarrollo científico de ciertas razas y el atraso e ignorancia relativa de otras no destruye, como propugnan pretendidos sabios de ciertas escuelas, la identidad esencial específica de la mente humana, sino que la dejan intacta, denotando tan sólo el mayor o menor grado de cultura y desarrollo psíquico, la mayor o menor educación, procedentes de múltiples y diversas circunstancias. «La aptitud para el progreso espiritual no es privilegio de ninguna raza. Y viene en apoyo de nuestra aserción la experiencia de los misioneros católicos y la de muchos inteligentes exploradores, que en sus viajes y excursiones apostólicas o científicas han podido comprobar, desde hace más de tres siglos, que el hombre es, dondequiera que se encuentre, social, libre y capaz de instrucción». (Urráburu.)

En cuanto al valor trascendental de la función teleológica, no habría sino que invocar, para ponderarlo, los casos de conversión moral tan pródigamente suministrados por nuestra guerra de liberación, muchos de ellos ejemplares, y el espíritu renovador que palpita en nuestra revolución nacional-sindicalista, cuya esencia se traduce en un viraje rotundo de nuestras tendencias psicológicas hacia los ideales que han de orientar la vida de la España nacional; viraje que ha compendiado el camarada Arrese en esta frase magnífica: «Revolucionar es revolucionarnos».

La virtualidad de estos conceptos explica la coincidencia de que los hombres más eminentes de todos los tiempos, sin distinción de

ideas ni de escuelas, hayan visto en la educación el problema capital de la vida humana. Así, para Aristóteles, «el primero y el mayor de los cuidados debe ser el de educar bien a la juventud; si falta esta educación, infaliblemente perecerá el Estado». Y desde el punto de vista religioso, merecen reflexión meditativa estas graves afirmaciones del P. Sarabia: «Pueden los padres añadir al credo católico estos tres actos de fe:

Creo que, en el orden natural de la Providencia, mi salvación o condenación depende de la buena o mala educación que dé a mis hijos.

Creo que, en general, todos los padres que se han salvado, se han salvado por la buena educación que han dado a sus hijos.

Creo que, en general, todos los padres que se han condenado, se han condenado por la mala educación que han dado a sus hijos».

Y el mismo autor termina sus reflexiones sobre el valor de la educación cristiana con esta enérgica frase de Donoso Cortés: «No hay salvación para la sociedad porque de nuestros hijos no queremos hacer cristianos, y porque nosotros mismos no somos verdaderos cristianos».

II.—*Los ideales de la educación.*

El más alto fin de la educación —ha escrito Bunge—, es sugerir ideales. «En el alma de cada uno y en el alma de todos, los ideales son astros que nos guían como a los Reyes Magos, hacia la meta de nuestros destinos. Son aquellos sentimientos dominantes que dan unidad a nuestros actos, sinceridad a nuestras empresas y ruta a nuestras vidas. Navegantes o náufragos de los mares de la miseria humana, ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación, que una estrella polar que a través de las tormentas nos señale, directa o indirectamente, el rumbo hacia los puertos?»

El ideal es, más exactamente formulado, un plan objetivo de perfección, que resplandece en las mentes de los individuos y de los pueblos; y que, comunicándose a los sentimientos y al entusiasmo de la voluntad, conmueve las energías de la actividad de los

hombres emprendedores, para llevarlo gradualmente a la práctica.

He aquí, pues, la gran tarea de la educación: sugerir e inculcar un gran ideal de vida, un plan de perfección comprensivo y vasto que sea la estrella polar de nuestra actividad y que atraiga constantemente nuestras miradas, porque, aun sabiendo que jamás llegaremos a realizarlo por completo, si lo sentimos apasionadamente, nos conducirá a la meta de nuestras aspiraciones.

Para mí, la fórmula individual de ese ideal es ésta: *voluntad apasionada del deber*. De deber integral, es decir, *religioso, personal y social*.

A) *El deber religioso.*

Para aquellos que entienden la vida dividiendo la total actividad humana en compartimientos estancos, para formar por sucesivas abstracciones un «hombre económico», un «hombre político», un «hombre moral», como si fuesen otras tantas individualidades independientes, la religión no será más que uno de tantos departamentos incommunicables, reservado a las relaciones puramente formales del hombre con su Creador. Si se llaman católicos, con asistir a Misa los días de precepto, cuidando de que no pase inadvertida su presencia, si así les conviene, y limitarse a cumplir las exigencias mínimas del culto externo, considerarán que han cumplido sus deberes espirituales y que pueden, por lo tanto, moverse con absoluta libertad en el campo en que se desenvuelven las demás actividades humanas. Y así, si pertenecen a las clases productoras, se dedicarán a acrecentar sus ganancias y provechos personales, aunque sea al precio de la desgracia ajena. Si se consagran a la política, se permitirán ensayar las armas innobles de la intriga, para vengar el olvido de su personalidad en la provisión de cargos y prebendas, que otros disfrutaban, a su juicio, con menos títulos que los que ellos pretenden ostentar. En cuanto al orden moral, sus actos quedan reservados al sagrado fuero de su conciencia, aunque es sabido que hay conciencias con más agujeros que una criba, pues para eso cumplen aquel mínimo de deberes religiosos de que se ha hablado.

Ahora bien, el deber religioso no es eso. El hombre no se pertenece; pertenece a Dios, porque es su Creador; vive bajo las órdenes de Dios, porque es su Providencia; obra, en definitiva, para Dios, porque es su Glorificador. «El destino natural y el destino sobrenatural del hombre están indisolublemente vinculados por disposición divina»; y no hay dos hombres, uno para las actividades múltiples del orden temporal, y otro para las de la vida sobrenatural, sino *un hombre*, que ha de realizar su destino bajo su exclusiva responsabilidad personal, en dos planos aparentemente distintos, pero solidarios, como miembro que es simultáneamente de dos sociedades, una humana y otra divina, la sociedad civil y la Iglesia.

Por otra parte, la religión, por su moral, penetra en todos esos compartimientos estancos, que no son en realidad sino vasos comunicantes, de tal suerte que nada se da en nuestra existencia que quede al margen de sus imperativos; pensamientos, palabras, acciones y omisiones, todo tiene su norma y su sanción en la ley natural, eco imperativo de la ley eterna de Dios en la conciencia humana.

En consecuencia, el primero y el más alto ideal de la educación y, por tanto, el primer deber de los poderes educadores, estriba en inculcar a los educandos profundas convicciones cristianas, bajo la suprema dirección del magisterio único de la Iglesia, cuidando, como quiere Rossignoli, de que esa educación religiosa no sea una vaporosa idealidad, sino una fe viva, refractaria a toda duda, una fe contra la cual no importe la vida ni la muerte, y que se asocie y armonice —después de grabar hondamente en la conciencia la idea de Dios— con otros sentimientos. «como el amor a la Patria, a la ciencia, al arte, al progreso y a toda buena idealidad».

B) *El deber personal.*

Nuestro deber personal fundamental es el trabajo. Pero con razón se pregunta un autor: ¿Existe en nuestros días un elemento de vida peor comprendido que el trabajo? Para muchos, no es más que una necesidad penosa que obliga a trabajar para asegurar el pan cotidiano. En ciertas clases sociales bien acomodadas, no se

siente, como en otros tiempos, vergüenza de trabajar, pero es considerado el trabajo como un elemento accesorio y fastidioso del conjunto de medios y circunstancias que concurren al logro de este fin: «ganar dinero».

En suma, toda la ideología del trabajo parece referirse a este postulado central: «obtener el máximo de ganancia con el mínimo de trabajo». Merced a esta idea, muchos jóvenes no quieren trabajar en los oficios duros; sueñan con situaciones en las que puedan ganar fácilmente la vida; pareciéndoles depresivo el trabajo de los campos y las fábricas, aspiran a cambiar su oficio por un puesto en cualquier escritorio o en una administración. Se ha perdido la verdadera noción del trabajo y es preciso esclarecerla y avivarla por medio de la educación en la conciencia del niño y del joven.

Ante todo, hay que inculcar la idea de que el trabajo no es sino una función natural. Como ya se ha hecho notar, desde el momento en que un grupo de células se constituye en un ser animado, se impone por ley natural de la vida la función trabajo; la cual no deja de ejercerse en el curso de su existencia, porque ésta se mantiene y se desarrolla a expensas de su acción sobre el medio exterior, don gratuito de Dios para ese fin. Ningún ser viviente, desde la planta hasta el genio, está dispensado de esta ley vital, en cuya virtud, según la atinada observación de Gide, la semilla enterrada rompe la costra de la tierra para tomar el aire y el sol. Y «este esfuerzo, inconsciente en la planta, instintivo en el animal, deviene en el hombre un acto reflexivo que recibe el nombre de *trabajos*».

Ahora bien; el hombre, por haber sido dotado de razón, se eleva infinitamente sobre las leyes del mundo orgánico y animal; ha recibido de Dios la orden de dominar la tierra y todo cuanto en ella se contiene y, utilizando las fuerzas y recursos que Dios le ofrece, no sólo ha podido crear rebaños y jardines, sino que ha elaborado una civilización. En la cual el trabajo se diversifica y ennoblece, y formando una gama muy extensa que arranca del simple esfuerzo muscular necesario para el desplazamiento de la materia, se eleva hasta las alturas del pensamiento que capta los elementos del pro-

greso y culmina en la actividad moral —el magisterio, la magistratura, la función gubernamental—, haciéndonos a todos beneficiarios del trabajo espiritual de cada uno. Existe, pues, una jerarquía natural del trabajo humano jalónada por estas tres categorías fundamentales: corporal, intelectual y moral, y completada por una serie de grados y matices intermedios; pero estando unidos todos los elementos de esa jerarquía por los vínculos comunes del esfuerzo, del deber y de la cristiana solidaridad.

La prestación voluntaria del esfuerzo que estamos todos obligados a aportar, según las aptitudes y la posición de cada uno en el orden social, es el índice más exacto del valor del hombre, pues no se conquista el bienestar ni la dicha sino mereciéndolos, y no merecemos esos bienes más que por el esfuerzo.

Desdichados —llama el P. Didon— a aquellos que al venir al mundo han encontrado un nido de plumas en el que una ternura inmoderada los ha cobijado demasiado tiempo más allá de la infancia. Desdichados aquellos que han encontrado abiertas todas las puertas, que no han tenido en su camino la menor piedra que apartar, la más pequeña cima altanera que escalar.

«La revelación primitiva —ha dicho el profundo Torras y Bages— ya nos enseñó que el reino de la tierra, la conquista del mundo, sólo se obtenía mediante un continuo y esforzado trabajo. El trabajo, pues, obtiene el primer lugar en el orden natural de las virtudes humanas, y es como un supuesto de todas ellas. Sin trabajo, no hay virtud ni civilización ni vida; no fuera el Creador sapientísimo si el trabajo no fuese el instrumento humano más poderoso de perfección, puesto que es el deber primordial y la necesidad más imperiosa que impuso a nuestro linaje.»

Si fueren necesarios otros testimonios de autoridad, invoquemos aún el de un autor francés —cito de memoria—, según el cual, sin atacar a ninguna de las clasificaciones que se han hecho del cuerpo social, puede decirse, hablando en naturalista o en sociólogo de la especie humana, que no existen en ella realmente más que dos clases, la de los que aportan esfuerzos y la de aquellos otros que no los

suministran; la clase de los *nobles*, como los llama Vuillermet, que merecen ser distinguidos, y la de los *innobles*, que desconocen la dignidad del trabajo. Toda la cuestión está en saber a cuál de las dos se quiere pertenecer.

Y Payot, exaltando las virtudes del trabajo, dice que los que trabajan sin regatear el esfuerzo pueden llegar a conquistar una libertad inmensa, emancipando su espíritu y su corazón de todas las pequeñeces de aquí abajo, de todo lo estrecho, mezquino y confinado, para entrar en la sociedad de las inteligencias más hermosas y de los caracteres más caballerescos que pueblan el mundo de la ciencia y de la religión.

C) *El deber social.*

«Una de las grandes desventuras nacionales —ha dicho sabiamente don Severino Aznar— ha sido la poco clara conciencia del bien colectivo y menos del deber de procurarlo.»

Es verdad que no existe raza menos gregaria que la española. Nuestro bravío individualismo sólo vería colmada su ilusión si pudiera realizarse el ideal, de que tan donosamente habla Ganivet, consistente en que «todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un sólo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana».

Otro escritor, Macías Picavea, que fué uno de los que más pronto reaccionaron ante el colapso nacional del 98, parangonaba las características de nuestro temperamento psicológico con las del clima físico, diciendo: «Así como hay dos acentos salientes y característicos en el clima ibérico, uno favorable, el sol, y otro pernicioso, la sequedad; dos acentos salientes y característicos descuellan también en la raza española: uno óptimo, la energía; otro funesto, el individualismo; y tanto como el desconcertado régimen de lluvias y humedades es causa única y responsable de cuantas desolaciones y males físicos sufre la tierra, tanto ese indómito humor individualista, rebelde a toda suave comunión y armonía, constituye el ex-

clusivo origen de todas las espantosas ruinas y daños morales que a la nación han afligido y afligen».

Toda nuestra historia está ciertamente influída por esa psicología particularista, y toda la moral de nuestro pueblo está repleta de refranes y proverbios sentenciosos, que son regalía de nuestro genio independiente e indisciplinado.

¿Será incurable este mal? Yo no lo creo. En el mismo diagnóstico se indica que ese factor adverso tiene por contrapartida otro óptimo: la energía. La cual se pone al servicio de una sublime hermandad siempre que la salvaguardia de la Patria la necesita. Que nadie atente al hogar común; que nadie trate de profanar la tierra que guarda los recuerdos y las cenizas sagradas de nuestros mayores; que nadie pretenda someter a yugo extraño la España de nuestros amores, porque entonces se levantarán sus hijos como un solo hombre para ahogar en sangre tamaños desafueros; y se reproducirán si es necesario —testigo nuestra guerra antimarxista—, monumentos de heroísmo tan imponentes como los que evocan los nombres de Sagunto y de Numancia, y se repetirán en las ciudades los ejemplos gloriosos de Zaragoza, de Gerona y de tantas otras; se peleará, si las circunstancias lo imponen, como se luchó en la guerra de la Independencia, hasta que el invasor reconozca, como reconoció Napoleón, que se había equivocado con España; se demostrará que cada español sabe convertirse en soldado y cada soldado en un héroe, porque la independencia de la Patria despierta en su conciencia un sentimiento a la vez trágico y sublime, de sacrificio, de heroísmo y de solidaridad.

Así es nuestra raza, así se ha mostrado siempre en la Historia. Y es que su temple moral se ha forjado con el acero del senequismo y el fuego sacro del Evangelio: es estoico y místico a la vez. El español, como buen estoico, no se rinde jamás ante la adversidad, ni se desconcierta con la fortuna; sabe ser siempre un hombre y afronta todas las situaciones con dignidad moral. Como cristiano, sabe sobreponerse a lo que es fugaz y perecedero, sacrificando su vida, cuando es necesario, para que se salven valores universales

y eternos. La muerte no es entonces más que un acto de servicio.

Pues bien; si sabemos hacernos solidarios para la muerte, ¿por qué no hemos de poder unirnos para la vida? He aquí un gran objetivo para la educación; el tercer aspecto de la finalidad natural de la formación del hombre, según la concepción cristiana de la obra educadora. Puede lograrse por la conversión moral, según anteriormente se ha indicado, pero las conversiones serán siempre la excepción. Podemos y debemos esperar mucho de la acción educadora gubernamental que se está desarrollando, secundada por la cooperación de todas las actividades útiles mediante una obra de fervorosa propaganda y formación política, enderezada a despertar y fomentar los sentimientos individuales familiares y colectivos que a la Patria convienen. Pero sin menoscabo de lo que se hace y de cuanto pueda hacerse para disponer las voluntades al cumplimiento apasionado de nuestros deberes sociales y ético-civiles, la verdadera y completa renovación del espíritu nacional no se logrará sin el concurso que todos los poderes educadores —Familia, Iglesia, Escuela. Estado y Profesión— están obligados a aportar a la obra educadora, instrumento capital para formar y fortalecer en nuestra raza el sentido social.

R. DE RODA